

CORREO DE LOS CIEGOS DE MADRID

DEL MARTES 23 DE ENERO DE 1787.

Continuacion del retrato de Trajano. Habiéndole representado cierto día sus amigos, que los tenía aunque era Emperador, que era demasiado bueno é indulgente: "Yo quiero portarme, respondió, con todo el mundo de la misma manera que deseaba yo que un Emperador se portase conmigo, quando yo era simple particular." Los primeros cuidados de Trajano fueron restablecer la disciplina militar. El mérito en su reynado no tuvo miedo de manifestarse á todas luces, como en el reynado de Domiciano. Para que sus Lugartenientes fuesen respetados, los honraba él mismo. Quería que en su presencia, y á su vista exerciesen todos sus derechos, y gozasen de toda su autoridad. Los ciudadanos en quienes habia reconocido los sentimientos mas nobles, y mas generosos, eran los que tenían mas derecho á su favor. Pensaba con razon, que la elevacion de corazon, que hace á un hombre enemigo del despóta, lo une inviolablemente á su príncipe. Sus virtudes le respondian de la fidelidad de aquellos en quienes habia puesto su confianza; y no hubo jamas príncipe, que diese menos entrada en su corazon á los temores y sospechas. Algunos cortesanos, émulos del crédito de Sura, el mas querido de sus privados, acusaron á este de que tramaba designios contra la vida de su príncipe. Sucedió, que aquel mismo día Sura convidase al Emperador á cenar en su casa. Fué á ella Trajano; y luego que entró, despachó toda su guardia. Tomó los baños ántes de cenar, y se hizo afeitar por el barbero de Sura, y luego se sentó á la mesa al lado de su amigo. Un príncipe, dice Plinio, puede ser aborrecido injustamente de algunos de sus súbditos, sin concebir él mismo el aborrecimiento; pero si no ama, no puede ser amado. Si no ha habido príncipe alguno, que tuviese mas amigos que Trajano; esto consiste en que Trajano procuraba y se com-

placia tanto en amar, como en ser amado. A exemplo de Augusto, no faltaba á visitar á sus amigos enfermos. Si estos celebraban en sus casas alguna funcion doméstica, iba á sentarse entre los convidados; y aún muchas veces tomaba asiento en sus mismas carrozas. El amor de sus súbditos le servia de guardia, y su mérito personal era demasiado conocido para necesitar el estímulo de la vana pompa, que no seduce sino los ojos. Pero lleno de afecto para sus amigos, no los estimaba sino por sí mismos. Habiéndole pedido permiso un Magistrado, á quien él habia colocado en aquella dignidad, para pasar el resto de sus días en la aldea, Trajano que deseaba tenerlo cerca de sí, cedió sin embargo á sus instancias; le acompañó hasta el momento mismo de embarcarse, y le abrazó tiernamente al separarse de él. No se consideraba Trajano sino como el primer magistrado del imperio; y en esta qualidad se creia responsable ácia sus súbditos, que miraba mas bien como sus conciudadanos, de la administracion que le habia sido confiada. Quando puso á Saburano en posesion del empleo de Prefecto del Pretorio, le dixo estas palabras al tiempo de ponerle una espada, segun era uso: *Yo te confio esta espada, para que la emplees en defenderme, si gobierno bien; ó contra mí, si me porto mal.* Habiendo firmado en falso varios herederos contra un testamento, é intentado poner demanda sobre este asunto contra un cierto Eurythmo: luego que estos herederos supieron, que Eurythmo era un liberto de Trajano, quisieron por respeto suyo desistir de su acusacion. Noticioso el Emperador de este caso: *¿Por qué, les dice, desistís? Mi liberto no es Policleter, ni yo Neron.* Dió leyes muy severas contra la gavilla infame de delatores, y abolió todos los pretendidos crimines de lesa magestad. "Oh tiempos felices, exclama Tácito, hablando del rey-

nado de este sabio Emperador, en que no se obedece sino á las leyes: en que se puede pensar con libertad, y decir libremente lo que se piensa: en que se ven volar todos los corazones á la presencia del Príncipe, y en que su vista sola es un beneficio." Los tribunales estaban siempre abiertos á qualquiera que le parecia tener motivo para querellarse de los agentes é intendentes del Emperador; y el fisco, dice Plinio, cuya causa jamás es mala sino baxo un príncipe, perdía comunmente su causa. [*Se concluirá en el n.º siguiente*].

Conclusion del sueño de la codicia. Seguíle en efecto, y me dixo: *¿Ves á lo lejos aquellas montañas escarpadas?* = Una de sus cimas se eleva casi hasta las nubes. = *Ah! bien!* Allí reside el objeto eterno de los deseos de todos los hombres: allí mana entre las peñas una fuente copiosa de esta plara sutil, de que yo no tengo, ¡ay de mí! mas que algunas gotas. Ven conmigo, hallaremos los obstáculos: combatamos: sobrelleva la mitad de las cadenas, con que voy á cargarme: mientras mas pesadas sean, llegaremos mas presto. Oh! si yo pudiese sacar de esta dichosa fuente á medida de mi deseo, juro que te daría alguna parte!

La curiosidad, aun mas que la cruel necesidad en que yo estaba, me arrastró tras él. ¡Oh Dios, qué camino de hierro! ¡qué confusion! ¡qué de afrentas y de penas! Yo ocultaba el rubor de mi semblante baxo el peso de mis cadenas: mi conductor afectaba una cara de risa; pero le atisbé algunas veces mordiendo los labios, hasta hacerse sangre, y desesperándose entre sí mismo, y gritándome al mismo tiempo en alta voz: *Valor, amigo, que esto vá bien.* La codicia le daba fuerzas sobrenaturales; y como mi cadena estaba unida á la suya, me llevaba arrastrando. Llegamos al pie de la montaña, donde se veía la mayor confusion. Los valles estaban cubiertos de una multitud de gentes, que se agitaban con sus hierros, y que se arrebataban con cortesías, algunas gotas de este azogue, que destilaban de la fuente.

Me parecia casi imposible atravesar esta multitud impenetrable, quando mi conduc-

tor, con una audacia temeraria, empezó á violar el derecho de las gentes. Esparcía golpes de uno y otro lado con toda la violencia de la codicia: pisó inhumanamente á los que habia trastornado: y temblando, pisaba yo sobre las entrañas palpitantes de aquellos infelices: queria retroceder; pero no era ya tiempo, porque á mi pesar me hallaba encadenado. Estábamos cubiertos de sangre, y el horror de sus clamores lastimosos, y de sus maldiciones, me cubria de espanto. De este horrible modo llegamos a una pequeña colina, en que me miró con cierto ayre de complacencia. *Nosotros prosperamos, me dixo: está dado el primer paso: no debe asustarnos lo que falta. ¿Ves como los hemos hecho rodar unos sobre otros? Aquí es otra cosa: estamos cerca de la fuente, y es menester ir de otro modo: es preciso con astucia saber hincar el codo á tiempo: siempre sin dar quartel, que no se destruye así menos al enemigo; pero es necesario evitar con el mayor cuidado el escándalo.* Tal es el arte del cortesano.

Tenia yo el corazon muy oprimido, para responderle siquiera una palabra; y absorto de verme unido á él, temia á cada momento, que quisiese probarme, que tenia razon para obrar así, porque habia muchos exemplos, que le parecían favorables. ¡Qué espectáculo! ¡qué tumulto! ¡qué de escenas diversamente horribles! Todas las pasiones venian á comerciar con todos los delitos. No habia virtudes sino para venderlas; y sin este tráfico, pasaban por ridiculas. Una fantasma negra habia tomado la máscara de la justicia, y llenaba su sagrada balanza de pesos falsos. Hombres todavia cubiertos del lodo de donde salian, estaban honrados, é insultaban á la miseria pública.

Otros se frotaban el cuerpo con estas bolas de azogue, y andaban con la cabeza levantada, los ojos orgullosos, y vicioso el corazon: se estimaban superiores á los otros hombres, y despreciaban á qualquiera, que no estaba blanqueado como ellos. Si no daban siempre de bofetadas á los que encontraban, su gesto era una ofensa, su sonrisa un ultrage. Pero muchas veces se gastaba este azogue; y estos mismos hombres tan altivos, tan duros, volvian á hacerse baxos, sumisos, arrastrados. En-

tónces se les tornaba con usura el desden de que habian hecho alarde: la rabia los arrebatava secretamente; y no se detenian en cometer iniquidades, para subir de nuevo á su anterior estado. Bien es cierto, que este azogue tan funesto, se les habia subido á la cabeza, de suerte, que habian perdido la razon. Vi uno, que habia taxado de la cima, oprinido con el peso, que le sofocaba, inmóvil, y como en éxtasis, contemplando su cuerpo plateado, y no queria comer, ni beber. Quise ayudarle á levantar; y creyendo que yo iba á robarle, me opuso el puño cerrado, para defender su azogue; y al mismo tiempo me estendió una mano imploradora con ayre lastimoso, rogándome le socorriese con una bota, y moriria contento.

Poco mas arriba 40 hombres insaciables, con ojos ansiosos, arrastraban en toneles una cantidad prodigiosa de este metal, no habiéndolo sacado de la fuente, sino arrancado de las débiles manos de mugeres, de niños, de viejos, de cultivadores, de pobres, y que estaba teñido con su sangre, y regado con sus lágrimas. Estos exáctores tenian á su sueldo un ejército, que se ocupaba en la piratería por menor, y saqueaba los hogares de la indigencia. Noté, que los que poseian en abundancia esta materia, no se saciaban jamás; y que mientras mas tenian, se hacian mas duros é intratables.

Sin embargo mi conductor no veia en estos objetos, sino motivos de emulacion. *Vamos, vamos*, me decia: *yo creo que estás pensativo, con ojo atento y observador: andemos. ¿Ves al través de aquellas rocas, qué objeto tan encantador? ¿Ves manar á grandes borbotones aquella fuente que deslumbra? Mira cómo se precipita en cascadas. Ah! corramos, porque temo que la apuren. ¡Quántos lo disputan! Pero al mismo tiempo miremos por nosotros, que aún no hemos llegado allá, y los últimos pasos son los mas peligrosos. ¡Quántos por falta de prudencia han caido de golpe en el abismo! Al derribar á otros, precabámonos de una horrible caída: es preciso aprovecharse con habilidad de las desgracias de otro. Ven, que yo he descubierto un camino, que nos conducirá mas seguramente al término deseado.*

Hablándome así, me conducia por un

senderito, que pocas personas se atrevian á seguir, el qual era como una escalera tortuosa, estrecha, cabada en la peña, y embovedada. Adelantamos por algun tiempo; pero el camino se halló bien pronto cortado por tres figuras del mas precioso mármol blanco. Solo su resplandeciente blancura podia disuadir al entendimiento de la idea de que eran personas, tal era la propiedad y la gracia con que estaban expuestas. Estas tres figuras podia hacer al entendimiento, que no las tuviese por de carne (estaban abrazadas), y unidas entre sí, como para cerrar el paso á los mortales imprudentes. Representaban la religion, la humanidad y la probidad. Por debaxo estaba escrito: *Estas figuras son la obra maestra del espíritu humano: los originales están en los Cielos. O mortales! Respetad estas imágenes: sean sagradas para vosotros; pues se hicieron para conteneros en el perfido camino, que conduce á los abismos. Mal haya el que no se mueva, y maldito sea para siempre el sacrilego, que se atreva á ofenderlas.*

Al ver esto, sentí una emocion respetuosa mezclada de amor. Miré á mi conductor, me pareció por un instante tan turbado como indeciso; pero habiendo oído voces sobre una nueva erupcion de la fuente: su semblante se puso amoratado, y cogió una piedra que arrancó de la peña. En vano procuraba yo contenerle: él rompió este sagrado monumento con un furor impío, y pasó al otro lado por encima de sus ruinas. Mis esfuerzos redoblados, y contrarios á los suyos rompieron al fin la cadena odiosa, que me ligaba á este monstruo. *Vé, le dije con toda mi indignacion, hombre desenfrenado, vé, corre, y satisface tu codicia: el rayo de la justicia divina está preparado. Ya él no me oía. Seguíle con la vista; y el infeliz, descarriado por su iniquidad, queriendo sacar con mucha ansia de aquella funesta fuente, se precipitó en ella como ciego atrastrado por el torrente de que habia hecho su dios, se estrelló contra las puntas de las peñas, y su sangre tiñó en ellas por algunos momentos la resplandeciente blancura.*

Yo sobrecogido, temblando, contemplaba aquellos fragmentos adorables, es-

parecidos por la tierra, temiendo pisarlos, sin atreverme á dar un paso. De mis ojos corrían en arroyos lágrimas de aflicción: miraba al cielo con las manos juntas, el corazón penetrado de dolor, quando un poder divino los reunió de repente, dexándolas tan preciosas, tan magestuosas, y de tanta impresion como ántes. Me postre delante de estas efigies sagradas, pomposas, incontrastables, que nunca serán destruidas por la mano sacrílega del sacrílego y del impío.

Rasgo histórico moral. Luxo de las mesas entre los Romanos. La victoria que Cn. Manlio Volso consiguió sobre los Gálatas, abrió el camino al luxo asiático, que el ejército de este General, emollecido con las delicias del Africa, introduxo en Roma. Entónces los cocineros, á quienes los Romanos miraban como los mas viles esclavos, comenzaron á ser honrados, y su empleo baxo y despreciado en los primeros tiempos, se hizo arte. Tito Livio fixa su época en el consulado de Spurio Posthumio Alvino, y Quinto Marcio Filipo, en el año de Roma 568.

Los desarreglos reinan de ordinario con el luxo de las mesas; y para reprimirlos estableció Lépidio la ley sumptuaria. Pero las leyes son débiles diques, para contener la corrupcion de costumbres; y los Romanos, alejándose de la virtud, para correr tras el vicio, se precipitaron en la intemperancia. Lúculo, hombre ilustre por su mérito, por su eloquencia, y por su valor, no pudo resistir á los atractivos del deleite; y quando comía en la sala de Apolo, subía el gasto á 500 dragmas. El arte de preparar los manjares, formó una profesion, y maestros, que daban lecciones de intemperancia. "Veo en Roma, dice Columela, escuelas de gentes ocupadas únicamente en disponer platos propios para excitar el gusto, y avivar la glotoneria; y no veo ninguna de agricultura." Columela vivió en tiempo de Tiberio: el mal se aumentó baxo los otros Emperadores. Apicio, despues

de haber agotado por su desenfreno la liberalidad de los príncipes, y los tesoros del capitolio, quiso dexar á la posteridad un monumento de su rara habilidad en el arte de guisar, y compuso algunos libros sobre esta materia.

Vitelio, que creía que no era Emperador, sino para comer, atendia aun mas al gasto, que al placer de la mesa. La historia señala el festin, que le dió su hermano, en que hubo 20 pescados diferentes y exquisitos, y 70 aves. Parece increíble semejante profusion; pero lo es mas lo que añade Suetonio, que este Príncipe excedió á su hermano, haciéndole servir en un solo plato hígados, sesos y lenguas de toda especie de pescados y pájaros raros, y de gran precio: así el mundo entero no era capaz de saciar la voracidad de Vitelio: entre tanto esta locura en buscar los platos mas delicados, agotaba los ahorros, enervaba los soldados, corrompia la disciplina militar, y fué en fin una de las causas principales de la ruina del imperio.

Libro. Medicina fantástica del espíritu, y espejo teórico-práctico, en que se miran las enfermedades reynantes desde la niñez hasta la decrepitud, con recetas y aforismos, que suministran la moral: escrita en metro joco-serio por el Dr. D. Damian de Cosme: dedícase á los Santos Médicos S. Cosme y S. Damian. Esta obrita, aunque reducida, es completa por su término. Contiene mucha instruccion, ridiculizando con jocosidad y gracia el defecto sobresaliente en varias clases de sugetos, ya pintando el caracter de un petimetre con todas sus expresiones y ademanes, ya el de un viejo cortejante, ya de una vieja, que desea parecer jóven; y así de las demás personas, que expresa, dando á cada enfermedad los remedios correspondientes con sentencias ó aforismos morales. Se hallará en la Librería de Castillo enfrente de las gradas de S. Felipe; y en el puesto de Manuel del Cerro calle de Alcalá esquina á la de los Peligros angosta: su precio tres reales.